



Domíngo I de Cuaresma 2013

La Cuaresma es un tiempo de gracia para la conversión y el retorno a Dios. Nos exhorta a apartar nuestra mirada de los ídolos que nos seducen, para dirigirla al único Señor. Es, por tanto, un tiempo de lucha espiritual, de unificación personal, de búsqueda de verdad en uno mismo y para con Dios; y todo ello mediante la más asidua escucha orante de la Palabra de Dios, la mayor sobriedad de vida y el más generoso ejercicio de la caridad.

El pasaje evangélico presenta a Jesús luchando contra las tentaciones en el desierto. Esta escena muestra al cristiano su propio itinerario cuaresmal y le recuerda la necesidad de promover en su vida tiempos intensos de lucha contra las seducciones del mundo. Si Jesús mismo, el Hijo de Dios, por su perfecta humanidad ha tenido que experimentar el esfuerzo y la dureza de este combate espiritual, cuánto más nosotros.

La narración de las tentaciones de Jesús en el desierto se inicia en el Evangelio de Lucas con esta frase: *“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto”*. Inmediatamente antes, Lucas ha narrado la genealogía de Jesús, presentándole como descendiente de Adán y de Dios, es decir, como hijo de Dios, a diferencia de la genealogía de Mateo, que presenta a Jesús como hijo de David, hijo de Abrahán (Mt 1,1). Y anteriormente ha descrito el bautismo de Jesús en el Jordán, con la manifestación del descenso del Espíritu sobre Jesús en forma de paloma, acompañada del testimonio de la voz del Padre: *“Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco”*. Se trata de una investidura o acreditación de Jesús para su misión.

La experiencia vivida por Jesús en el bautismo no le va a proporcionar un recorrido libre de pruebas ni un camino ancho. Es significativo que la primera moción del Espíritu sobre Jesús fue llevarlo al desierto. El tiempo de oración y ayuno en el desierto pudo representar una lucha interior en relación con la forma de comprender y llevar a cabo su misión. Forma parte de la misión de Jesús de entrar en el drama de la historia humana y asumirla hasta el fondo, para poner de relieve qué es lo que verdaderamente cuenta en la vida de los hombres. En palabras de la Carta a los Hebreos: *“Tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos... Porque él mismo fue sometido al sufrimiento y a la prueba, puede socorrer ahora a los que están bajo la prueba (2,17)”*.

Así entendida la misión de Jesús, se ve cómo las tentaciones son un despliegue de su bautismo, en el que se hace solidario de los pecadores para poner orden en nuestro mundo en la unión con Dios. Del bautismo surge el Hijo del hombre lleno del Espíritu Santo y enviado a superar la permanente y profunda tentación humana de poner orden en nuestro mundo nosotros solos, sin necesidad de Dios, es decir, de construir con autonomía un reino del hombre en este mundo, dejando a Dios de lado como algo



ilusorio. La relación con Dios es el aspecto fundamental de la existencia humana, que está siempre sometido a prueba, desde el tiempo primero de la historia de Adán.

La lucha contra las tentaciones es dura pero imprescindible; sin ella, el cristiano se rinde a la mentalidad mundana y cede al mal; comienza dejándose llevar a hacer compatibles actitudes religiosas con servidumbres idolátricas, en una especie de división interior espiritual, para terminar con un vaciamiento total de la fe. Porque cuando se comienza a no vivir como se piensa, se termina pensando como se vive. La lucha espiritual contra el mal, en cambio, se orienta a conseguir la libertad de los hijos a la que nos llama el evangelio (cf. Jn 8, 34-36). Y el cristiano afronta tal combate convencido de que es Jesús mismo el que lucha con él y en él, de manera que también la victoria es don y gracia. Señal de la victoria de Cristo sobre Satanás es la armonía restablecida entre el cielo y la tierra; entre la humanidad, las bestias salvajes y los ángeles, que servían a Jesús, según termina el relato de las tentaciones en el Evangelio de Marcos (Mc 1,13).

La victoria de Cristo sobre el demonio tentador es promesa para el cristiano. Al poner nuestra fe en Cristo, resulta posible vencer al espíritu del mundo, que siempre nos tienta (cf. 1 Jn 5, 4); podemos reencontrar la paz y la unidad interior, sometiendo las tendencias de la carne a las mociones del Espíritu de Jesús.

Las respuestas de Jesús a las tentaciones, en los relatos de Mateo y Lucas, reafirman la soberanía de Dios y la verdadera jerarquía de los bienes, en conformidad con el contenido esencial de la ley: *“Escucha, Israel: el Señor es uno solo. Amarás, pues, al señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Dt 6, 4-5). En consecuencia, **el principal alimento del hombre es la palabra que sale de la boca de Dios; y la forma de llegar a conocer a Dios y de relacionarse rectamente con él es la humildad y la confianza, que brotan del amor.**

La primera de las tentaciones presupone un momento de necesidad física por parte de Jesús, que siente hambre después de cuarenta días de ayuno. El diablo lo prueba, para que convierta las piedras en pan. Le pide que realice un milagro en beneficio propio para demostrar con claridad que es Hijo de Dios. En realidad representa la tentación propia del hombre religioso que, en los momentos de necesidad, quiere tener a Dios a su servicio, a su disposición para conseguir sus propios fines. No está dispuesto a aceptar la voluntad de Dios, sino que pretende que Dios haga la suya. Pero Jesús jamás se comportó así. Siempre tuvo un gran respeto por la soberanía de su Padre y manifestó que su alimento es hacer la voluntad del Padre. Los milagros por él obrados representan signos del reino y abren por completo a la fe en el Dios Salvador. La multiplicación de los panes se realiza para satisfacer la necesidad de quienes han buscado a Jesús para escuchar su palabra. Y es una profecía de la multiplicación del pan de la Eucaristía. Los milagros de Jesús no se orientan de forma egoísta a su propio provecho. Jesús sabe muy bien que ha de ganarse el pan con su propio trabajo, no con acciones maravillosas. Renuncia, por ello, a un milagro no querido por Dios y muestra que el Hijo del Padre vive *“no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (cf. Dt 8,3).



Carlos López Hernández

Porque vive no sólo de pan, es libre para respetar la dignidad divina, resistiendo y venciendo la tentación de sacar provecho material de su relación única con Dios.

Ante la segunda tentación, *“te daré el poder y la gloria...si te arrodillas delante de mí”*, Jesús se manifiesta viviendo una relación plenamente auténtica con Dios, radicalmente alejada de signo de idolatría. Si algo abominó Jesús en su vida fue la idolatría, No se dejó atrapar ni por el brillo de las riquezas, ni por la fascinación del poder y el prestigio, Por eso responde al tentador con decisión: *“Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto”*. Son palabras inspiradas en el conocido precepto fundamental del libro del Deuteronomio: *“Escucha Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Dt 6, 4-5). Todo el comportamiento religioso de Jesús estuvo determinado por su servicio al Padre a impulsos del Espíritu y por el rechazo frontal de los ídolos con todas sus fuerzas.

La tercera tentación es semejante a la primera y consiste en la sutil propensión del hombre religioso a manejar a Dios a su antojo, desviando el verdadero sentido de su vocación y misión. Con orgullo refinado puede buscar poner a Dios a su servicio, para luego brillar ante los demás y así aumentar su pretendido prestigio. Invirtiendo los términos, se fabrica a un Dios a su imagen y semejanza, en lugar de imitar el comportamiento divino y conformar las actitudes propias conforme a sus designios. No le interesa tanto el reino y la salvación de los demás como el propio provecho y, sobre todo, su vanagloria personal. Pero Jesús venció también esa refinada tentación, respondiendo con otra cita de Dt 6,16: *“No tentarás al Señor tu Dios”*.

A la luz de todo esto se comprende también el sentido de las palabras con las que Jesús inicia su predicación, según el Evangelio de Marcos: *“Está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”* (Mc 1,15). La llamada que se nos hace a la conversión consiste en volver al Señor y adherirnos a la buena noticia por excelencia: Dios reina en Jesús; él es la buena noticia de Dios para la humanidad. Todo aquel que acepta escuchar sus palabras y seguirlo, sin duda experimentará en su vida los frutos de su victoria sobre el mundo. En el Evangelio de Lucas el primer anuncio de Jesús tiene lugar en su pueblo natal, en Nazaret, y consiste en proclamar que *“Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”* (Lc 4, 21). Así anuncia que él es el profeta definitivo, ungido y enviado por el Espíritu para evangelizar a los pobres, proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, anunciar la presencia del verdadero tiempo de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19).

¿Qué ha traído a los hombres el Reino de Dios, predicado por Jesús? Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo la dureza de corazón nos lleva a pensar que esto es poco valioso.



Carlos López Hernández

También las tentaciones del cristiano son un despliegue de la lucha contra la carne, que el Espíritu instaura en la vida de cada bautizado. Jesús nos acompaña en nuestra peregrinación por el desierto cuaresmal, nos ilumina con su Palabra y con su Espíritu, para discernir las purificaciones que cada uno necesitamos en nuestra existencia bautismal, y fortalece y alimenta con su Cuerpo la vida nueva que nos ha adquirido con su sangre derramada en la cruz.